



-Cómetelo todo.

-No me gusta.

-Cómetelo todo.

-No tengo hambre.

-Cómetelo todo.

-No puedo más.

-Venga, ¡cómetelo todo!

-¡No me gusta! ¡No tengo hambre! ¡No puedo más!



Cada día lo mismo. Pero aquel martes, que tocaba lentejas, sin que nadie sepa por qué, les hizo caso. Se las comió todas. Luego continuó con el pan que había sobre la mesa. Después pasó a comerse el plato de su madre. Y el de su padre. Y el de su hermana mayor.

—¡Para, para, no comas más que te va a doler la tripa!

